

ción hállase reducida á la mendicidad; y los párrocos de la elección de Cahors dicen en 1700: «Nos creeríamos capaces de homicidio y de la mayor crueldad, si no nos tomásemos la libertad de exponeros que nuestros feligreses están reducidos á la triste necesidad de morir de hambre ó de abandonar la comarca.» Según una información oficial de 1687 (1), en el Orleanais y en el Maine muchas casas caen en ruinas y no son reedificadas; los campesinos duermen sobre la paja y carecen de muebles y de provisiones, y si hay muchos que comen pan de trigo negro, muchos también viven «de raíces de helecho cocidas con harina de cebada ó de avena y sal.» En la elección de Vezelay, al decir de Vaubán, hay cuatrocientas cuarenta y una familias de mendigos, que forman un total de cerca de dos mil personas, es decir, una undécima parte de la población; quinientas once casas en ruinas é inhabitables y doscientas cuarenta y ocho vacías, ó sean la séptima parte de las casas de la comarca. En Borgoña, hay todos los días en Tonnerre quinientos pobres á las puertas de la ciudad, que tan sólo cuenta novecientas viviendas; en Adón, cerca del Bussiere, en la elección de Auxerre, de cuatrocientos cincuenta habitantes trescientos viven de limosna.

Y aun menos mal si el pueblo pudiese ser socorrido; pero la carga de los impuestos y los negocios extraordinarios, como dice Vaubán, «han agotado y secado lo que quedaba de gente algo acomodada que podía socorrer á la clase inferior del pueblo acostumbrada en todo tiempo á recurrir á ella en sus necesidades... lo cual engendraba un trato capaz de sostener á los amos y á los criados; al paso que cayendo unos y otros al mismo tiempo y por iguales causas, difícilmente pueden levantarse.»

Francia parece realmente haberse convertido en «un gran hospital desolado y sin provisiones,» como escribía Fenelón al rey.

La miseria general, la mortalidad que hizo estragos, especialmente en 1693, 1694 y 1709 y que sólo en el Perigord, al decir del intendente, hizo desaparecer á la cuarta parte de los habitantes; las grandes carestías, los fríos terribles y las enfermedades contagiosas y mal cuidadas; el éxodo de doscientos mil protestantes, la emigración de gran número de obreros sin trabajo de Normandía, de Flandes y de Lyon; la nefasta influencia del sistema de la milicia, que sólo pesa sobre los campesinos más pobres y priva á la agricultura, ya tan agobiada, de los brazos necesarios; la deserción de muchos milicianos al extranjero, sobre todo en la región de las Flandes; en una palabra, todas esas causas sociales, económicas y políticas, influyeron en disminuir la población del reino.

Por lo demás, es imposible determinar con cifras, ni siquiera aproximadamente, el movimiento de la población, pues faltan las estadísticas y seguirán faltando durante todo el antiguo régimen. Hubo ciertamente ensayos de información, trabajos particulares hechos por el padre Dangeau y sobre todo por Vaubán, que trataba ya de aplicar un método exacto á ese problema capital; pero no se llevó á cabo una información general seria.

(1) Véanse págs. 146 y siguientes.

En 1697, el duque de Beauvillier, en su cuestionario á los intendentes, preguntaba «el número de las ciudades, el de hombres aproximadamente de cada una de ellas; el de aldeas y caseríos, el total de las parroquias y de las almas de cada una,» y les invitaba á «que consultasen los antiguos registros para ver si la población ha sido en otro tiempo más numerosa que ahora, las causas de su disminución, si hay hugonotes y cuántos se han marchado.» La mayoría de las memorias de los intendentes guardaron silencio sobre esas preguntas difíciles y molestas, y ni siquiera la de la generalidad de París dió el censo de esta ciudad.

Para el restablecimiento de la primera capitación en 1695, pidióse un censo á los párrocos, y en 1693, cuando la carestía, el número de personas á quienes había que mantener; pero tampoco pudieron obtenerse estos datos.

Unos empadronamientos de 1709 y 1713 que poseemos no concuerdan entre sí; están hechos por hogares sobre la base de registros municipales y nóminas de pechos defectuosos y difieren de los censos parciales por cabeza de algunas elecciones que se conservan. Vaubán, fundándose en las informaciones de los intendentes, de 1698, estima la población de Francia, hacia el año 1700, en unos 19 millones de habitantes, y opina que desde 1700 á 1707, año en que publicó su *Dime royale*, la disminución debe haber sido de cuatrocientas á quinientas mil almas. La pérdida de habitantes desde 1685 á 1715, no puede calcularse en menos de un millón sobre una población de 19 ó 20 millones; y los que han desaparecido, campesinos, obreros, comerciantes é industriales, son otras tantas fuerzas vivas arrebatadas al país.

Tan lamentable situación inquietaba desde hacía tiempo al gobierno y á los intendentes y también á un cierto número de inteligencias elevadas que comenzaban á dedicarse á los estudios de economía social y que proponían remedios para todos esos males.

Prevalecían de nuevo las ideas y las prácticas de Colbert, una de las cuales era la guerra al celibato. Saint-Simón, que teme lo que él llama una deserción, pide que no se permita el ingreso en el noviciado hasta la edad de veinticinco años: «El celibato superfluo é inútil unido al de los sacerdotes, que es indispensable, agota al reino; bien se ve en las milicias y en los pocos hombres que quedan en los campos y aun en los pocos muchachos de las pequeñas ciudades, en tanto que en Alemania y en el Norte los hombres abundan.» Vaubán no es menos severo con «los eclesiásticos, monjes ó religiosos que existen en el reino en demasiada abundancia.» También sería menester disminuir los impuestos y repartirlos más equitativamente, á fin de aumentar la producción y el consumo de las subsistencias y, por ende, de la población; pero esta reforma era imposible, porque había que mantener al rey y que atender á sus guerras.

En cuanto á la caridad (2), á pesar de la creación de algunos hospitales y del establecimiento temporal de talleres para los pobres y de graneros en donde se vendía el trigo al precio corriente ó con pérdida, era rudimentaria y del todo insuficiente (3).

(2) Véanse págs. 155 y siguientes.

(3) La caridad privada tenía un carácter confesional; así había

Las sublevaciones, ya frecuentes en tiempo de Colbert, llegan á ser, sobre todo en los últimos tiempos del reinado, una enfermedad crónica en un reino que parece hallarse en estado de descomposición. En 1709 escribe el contralor general Desmaretz: «el temor de carecer de pan ha agitado furiosamente á los pueblos, que han empuñado las armas para apoderarse por la violencia de los granos, promoviendo sediciones en Ruán, en París y en casi todas las provincias y haciendo una especie de guerra que sólo ha cesado mientras han estado ocupados en la recolección.» En 11 de marzo de 1709, Desmaretz ordena á los intendentes que impidan, así de día como de noche, los agrupamientos de los pobres de las ciudades y del campo que detienen y saquean los carros cargados de granos. Los motines provocados por la carestía y por la legislación sobre los granos son innumerables, pues á los disturbios que ya originaban los impuestos antiguos, como la talla y la gabela, añádense los producidos por los nuevos. La extensión, en 1706, del derecho de registro á los documentos de bautismo, matrimonio y sepultura determinó graves sublevaciones en Perigord y sobre todo en Quercy. «Los pobres y otra multitud de gentes de condición modesta, refiere Saint-Simón, bautizaban ellos mismos á sus hijos sin llevarlos á la iglesia y se casaban junto al hogar, por el mutuo consentimiento y ante testigos, cuando no encontraban curas que quisieran casarlos en sus casas y sin ninguna formalidad.» En marzo de 1707, en Castus, población distante dos leguas de Cahors, citáronse siete ú ochocientos habitantes de las comunidades vecinas para matar á los empleados, incendiar las casas y apoderarse de los registros. Una partida de insurrectos puso sitio á la ciudad de Cahors, gritando que pagarían la talla al rey, la renta al señor y la capitación, si podían; pero que no podían hacer más porque estaban reducidos á la más extremada miseria. «Si fuese posible, escribía á Chamillart el procurador general Daguesseau, substituir por otro ingreso el que el rey pueda sacar de ese edicto, sería ciertamente este favor uno de los ma-

una beneficencia católica y una beneficencia hugonote. Varias asociaciones parroquiales daban á los católicos limosnas en dinero, en alimentos, en ropas y en medicinas; pero no socorrían á los mendigos, sino solamente á los pobres vergonzantes, y se proponían la rehabilitación del pobre mediante ofertas de trabajo que le permitiesen seguir trabajando en su oficio. En 1703, la asociación parroquial de San Severino, de París, propone suministrar á los pobres las herramientas y las primeras materias (cuero, lana, seda, etc.), y según el reglamento de la de San Pablo (1684), sólo se socorrerá á los que, merced á la beneficencia por el trabajo, serán capaces de rehabilitarse. Después de 1680 y gracias á la actividad de los intendentes y al celo de ciertos religiosos, como los padres Garrand, Dunod y Guevarre, se organizaron seriamente ó se fundaron los hospitales de Aix, Marsella (1687), Apt (1690), Nimes, Aviñón, Valence, Grenoble, Poitiers, Dole, etc. En 1688, el hospital general de París alberga 1.600 pobres, de los que 500, por lo menos, no llevan seis años de residencia en la capital; lo que es causa de una mala instalación, de que varios enfermos ocupen una misma cama y de todos esos horrores que desgraciadamente durarán todavía un siglo.

En 1685, el intendente de Ruán manda construir por pobres sanos un gran camino á lo largo del Sena, desde Saint-Ouen á Pont-de-l'Arche, ocupando en esa obra á 400 ó 500 obreros que ganan 4 sueldos como mínimo y 8 como máximo cada uno; y á quienes suministra el pan más barato que los panaderos. Basville y Foucault establecieron en sus intendencias muchos talleres de ese género, que en 1693 y en 1709 se multiplicaron en todo el reino.

yores que podríais hacer al reino.» En 1709 estalló un nuevo motín en Quercy, y una vez restablecido el orden, escribía el intendente de Montaubán:

«No sería difícil dar con los autores de todos los tristes movimientos de Quercy, puesto que tengo todos sus nombres escritos en mi carfera; pero son tantos, que resultaría peligroso querer hacer un escarmiento con ellos sin exponerse á renovar esos terribles desórdenes tan pronta y felizmente calmados. A nueve de los más culpables los mandé prender en el acto y esto produjo su efecto; pero no puedo pensar sin estremecerme que he visto treinta mil hombres armados en Quercy, sitia da Cahors durante diez días y me he visto á mí mismo asediado por un destacamento de aquella buena gente, de la que me salvé por milagro.»

En las regiones industriales, como en Normandía en 1685 y en 1709, muchos obreros que holgaban por fuerza se rebelaron. En febrero de 1709, á consecuencia de la creación de un derecho de marca sobre las medias que necesariamente había de disminuir el consumo, los fabricantes de medias y gorros de Orleans no diéron más trabajo á sus obreros, en vista de lo cual cuatrocientos cardadores y otras gentes de clase humilde fueron á ver al intendente. «Hablaban muy sediciosamente en las calles, diciendo que al día siguiente volverían en número de más de tres mil;» así escribe el intendente, quien ordenó á los patronos que proporcionasen trabajo á aquellos pobres trabajadores. Los intendentes y en París el teniente general de policía intervinieron con frecuencia para obligar á los patronos á dar trabajo; así de Argensón, en 1708, reunió á los patronos y á los guardas de los comerciantes en gorras que habían interrumpido el trabajo, logrando que se diese nuevamente ocupación á los obreros y encerrando en el Châtelet á un patrono que se mostró más intransigente que los otros. Pero estas intervenciones eran simples remedios momentáneos aplicados á una situación que no tenía salida.

La miseria causa extrañas perturbaciones. Basta que se produzcan disturbios en una región para que cunda el pánico á toda una provincia: así en 1703, casi en el mismo día, del 28 al 29 de septiembre, un pánico originado en la comarca de los Cevennes, en donde se agitan los Camisardos, propagóse con rapidez asombrosa, por el toque de alarma transmitido de iglesia en iglesia ó por mensajeros, al Castrais, al Albigeois y al llano de Tolosa. Asegurábase que iban á llegar los bandidos, terriblemente armados y dispuestos á destruirlo todo, y los habitantes de cada parroquia, de cada ciudad, salían al encuentro de los malhechores que sólo existían en su imaginación. Esos miedos son un síntoma cierto de la miseria de los tiempos, de la inseguridad general, del enervamiento de los espíritus.

La miseria general y las sublevaciones continuas son los resultados de las guerras, de los excesivos gastos del lujo real, de la revocación del edicto de Nantes, del sistema fiscal y económico. El Estado, déspota en economía política como en administración y en religión, pone trabas á las iniciativas individuales; reduce á la obediencia á los comerciantes y fabricantes, y á las protestas que esa intervención continua provoca contesta que sabe mejor que nadie lo que al trabajo nacional conviene.

Y sin embargo, es tal la vitalidad que alienta el espíritu francés, aun en aquella época de opresión, que ni un momento ha dejado de manifestarse la actividad de los particulares y que aparecen síntomas de una rehabilitación del trabajo. Pero Francia ha dejado pasar el momento en que, por ser el Estado más fuerte de Europa, podía enriquecerse, aumentar su población y extenderse por los mares; su fertilidad natural, el capital adquirido y la actividad de sus habitantes le permitían llegar a ser

la señora del mundo, y Colbert había ofrecido a la ambición de un rey joven y glorioso la realización de ese ensueño (1). No obstante, el ensueño no sedujo a Luis XIV cuya conducta y cuya política fueron contrarias a las intenciones de su ministro; por culpa, pues, de un gran rey, Francia dejó perder su fortuna en una hora decisiva de su historia.

(1) Véanse págs. 73 y siguientes.

## LIBRO QUINTO

### LAS CUESTIONES RELIGIOSAS (1683-1715)

#### CAPÍTULO PRIMERO

##### LA CAMARILLA RELIGIOSA DE LUIS XIV (1) (1683-1715)

I. Lugar importante que los asuntos religiosos ocupan en los últimos tiempos del reinado. La piedad de los ministros y del rey.  
- II. La camarilla; los confesores, la señora de Maintenón, Fenelón.

I.—Lugar importante que los asuntos religiosos ocupan en los últimos tiempos del reinado. La piedad de los ministros y del rey.

Desde 1683 a 1715, los asuntos religiosos ocupan un lugar importante en la historia del reinado de Luis XIV, a pesar de los muchos y graves sucesos que, en aquel entonces, ocurren en la guerra y en la diplomacia, en la hacienda y en la vida económica del país. Durante esos

(1) FUENTES: Los documentos administrativos en el t. IV de G. Depping, 1855; *Correspondance des contrôleurs généraux des finances avec les intendants* (1683-1715), publicada por A. de Boislisle, 3 vol., 1874-1897; el *Journal de Torcy*, pub. con una introducción por Federico Massón, 1884; los *Archives de la Bastille*, pub. por Fr. Ravaisson, 1866-1883, t. VI a XIII, con el *Catalogue des Archives de la Bastille*, de Fr. Funck-Brentano, 1892-1894. - Los documentos legislativos, en Isambert, t. XIX y XX. - Los documentos del clero de Francia y los emanantes de la Santa Sede, reunidos en el *Recueil des Actes, Titres et Mémoires concernant les affaires du Clergé de France*, París, 1716 y sig., 12 vol. en 12.<sup>o</sup>; y en D'Argentré, *Collectio judiciorum de novis erroribus*, t. III, 1755. Textos principales en León-Mentió, *Documents relatifs aux rapports du Clergé avec la royauté, de 1682 à 1789*, París, 1893-1905, 2 vol. - Las correspondencias diplomáticas indicadas más adelante en los capítulos del GALICANISMO y del QUIETISMO. - Las correspondencias privadas de Bossuet (ed. Guillaume, t. IX, 1885), de Fenelón (ed. de Saint-Sulpice, 1851-1852, t. VII, VIII y IX), de Le Camus, pub. por el P. Ingold, 1892; del P. La Chaize, en Chantelauze, citado más adelante; de Arnauld, en la ed. de París y Lausanne, 1775-1781, t. II y IV; de Quesnet, pub. por Mme. Albert Le Roy, París, 1900, 2 vol.; de la señora de Maintenón (*Corresp. générale*, pub. por T. Lavallée, 1865-1866, 4 vol. *Lettres hist. et édif.*, por el mismo, 1856, 2 vol.); *Choix de ses Lettres et Entretiens*, por A. Geoffroy, 1887, 2 vol.); del duque de Borgoña, en la de Fenelón, y en el marqués de Vogüé, *Le duc de Bourgogne et le duc de Beauvilliers*, París, 1900; de la duquesa de Orleans, madre del Regente, en los tomos 6, 88 y 107 de las *Publik. des Literar. Vereins in Stuttgart*, y en las traducciones de G. Brunet, 1869, 2 vol.; de A. Rolland (s. d.), y de E. Jaeglé, 1890.

Las memorias contemporáneas: además de las de Saint-Simón, en la edición comentada por A. de Boislisle, hasta el año 1711, y para los años sucesivos en la ed. en 12.<sup>o</sup> (Cheruel y Regnier) de 1783, y los *Ecrits inédits*, 8 vol., 1881-1893; las de Dangeau y las del marqués de Sourches. La *Relation de la Cour de France* en 1690, de Ezequiel Spanheim, con comentarios de Emilio Bourgeois, Lyon-París, 1900; *Las Mémoires historiques de Daguesseau sur les affaires de l'Eglise de France depuis 1697 jusqu'en 1710*,

treinta y dos años, raras veces deja la religión de figurar en el orden del día del Consejo, ni de estar presente en el espíritu del rey, quien, aun durante la guerra de 1701 a 1713, interviene, hasta en sus más pequeños pormenores, en todos los incidentes de índole religiosa. Ocupase personalmente de las conversiones particulares de los hugonotes, así en la corte como en las provincias, y del estado de alma de oscuros hidalgos pertinaces, y piensa de continuo en los jansenistas. En 1692 le denuncia un catecismo que contiene la mala doctrina de Port-Royal y ordena que le hagan un informe sobre el mismo, a pesar de ocurrir el hecho a mediados del año, entre la batalla de la Hougue y la toma de Namur. Todavía en 6 de abril de 1715 Pontchartrain escribe al teniente de policía Argensón: «Me ha dicho el rey esta mañana que había en París tres predicadores que en la mayoría de sus sermones hablaban de la Gracia, a fin de sentar el sistema jansenista, y me ha entregado extractos de los mismos, de los que os remito copia, ordenándome que os diga que estaba muy extrañado de que una cosa tan importante haya llegado a su noticia por otro conducto que el vuestro.»

Esta importancia concedida a las cosas eclesiásticas por Luis XIV y por su gobierno no puede explicarse

ed. Pardessus de las *Œuvres*, París, 1819, t. XVI; las *Mémoires* del P. Le Gendre, pub. por Roux, París, 1863; del P. Le Dieu, *sur la vie de Bossuet*, pub. por Guettée, 1856-57, 4 vol.; *Un recueil inédit de Portraits et Caractères*, 1703, pub. por A. de Boislisle, París, 1897; los *Cahiers et Souvenirs*, de la señorita de Aumale, pub. por el conde de Haussouville y G. Hanotaux, París, s. d., 2 vol.; las *Mémoires* de Dorsanne, de dom Thuillier, del P. Timoteo (véase más adelante, en el capítulo del JANSENISMO.

Las historias contemporáneas: *Mémoires chronologiques et dogmatiques pour servir à l'histoire ecclésiastique depuis 1600 jusqu'en 1716* (por el P. de Avrigny, S. J.), t. III y IV, París, 1720; *Hist. ecclésiastique du XVII<sup>e</sup> siècle*, París, 1728, 4 vol. (por el P. Elías du Pin), etc.

OBRAS DE CONSULTA. Respecto de la historia general: las *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique pendant le XVII<sup>e</sup> siècle* (por Picot), t. I, 3.<sup>a</sup> ed., París, 1853. J. Michelet, *Louis XIV et le duc de Bourgogne*, Gaillardin, *Hist. de Louis XIV*, París, 1871-76, t. III a VI. Rohrbacher, *Hist. univ. de l'Egl. cath.*, París, 1842-1849, t. XXVI, etc. - Estudios especiales: Además de las obras de Sainte-Beuve, de P. Clement y de Camilo Rousset, ya indicadas: A. de Boislisle, *Les Conseils sous Louis XIV*, en la ed. de Saint-Simón, t. VII. Cretineau-Joly, *Histoire de la Compagnie de Jésus*, París, 1844-46, t. IV y V. Chantelauze, *Le P. La Chaize*, París, 1859. El P. Bliard, *Les Mémoires de Saint-Simon et le P. Le Tellier*, París, 1891. El conde de Haussouville, *La duchesse de Bourgogne*, París, 1899-1908, 5 vol. A. Esmein, *Cours élémentaire d'hist. du droit français*, París, 1892. P. Viallet, *Précis de l'histoire du droit français*, l. II, cap. III, París, 1884-86. E. Faguet, *L'Anticléricalisme*, París, 1906. Véase más adelante un complemento relativo a la señora de Maintenón y a Fenelón.